

Finalmente, discutamos con caridad. Pueden combatirse los errores y las opiniones si son falsas y peligrosas; pero respetemos las personas y las intenciones. Seamos comedidos en nuestra polémica, y desterramos la violencia, la pasión y el odio. El arrebato no convierte; ganemos el corazón para ir al espíritu.

Acabo de hablaros, hermanos míos, de la oposición á la doctrina de Jesucristo, y al hacerlo, tenía la conciencia de que no estaba aquí nuestro gran mal actual. Nuestra enfermedad de hoy es la indiferencia práctica. Hay una clase de hombres, harto numerosa hoy en día, cuya vida cristiana consiste únicamente en quitarse el sombrero á la religión en circunstancias solemnes y oficiales, para nunca acordarse de ella en los pormenores y en los asuntos ordinarios de la vida: aun se dignan rendir á la religión un homenaje público en las ceremonias públicas, pero la cierran las puertas de su interior. En cuanto á nosotros, hermanos míos, procuremos que no solamente se vean en todos nuestros principios, sino que se sientan en todo, y tengamos un amor invariable á nuestra fé. Vivamos en la unidad en cuanto al dogma, á la moral, á la esperanza, á fin de ser un día consumidos, con los escogidos de Dios, en la unidad de la gloria y felicidad eternas que os deseo.

DOGMA, véase MISTERIO Y MORAL.

DOLOR.

(MISION DEL)

Duros corporis sustineo dolores, vero libenter hæc patior.

Sufro atroces dolores; pero los padezco de buena gana.

(II, MACAB. VI, 30.)

Quando se dice, que Jesucristo vino al mundo, para regenerar el género humano por el dolor, pocos comprenden este lenguaje. ¿Qué

es el dolor? se pregunta; y ¿qué relacion puede tener con la regeneracion del género humano? Hé aquí lo que muy pocos entienden. Y, sin embargo, es la cosa más sencilla, la más natural del mundo.

Jesucristo, al venir á este mundo, eligió el dolor, porque solo el dolor podia sacar el género humano del fango de la tierra, y elevarlo hasta Dios.

Para regenerar al hombre, no se necesita más que una cosa: el dolor; hé aquí por qué Dios, padre del género humano, para engrandecerle y elevarle hasta su trono, introdujo el dolor en el mundo.

¿Qué es, pues, el dolor? ¿Cómo puede el dolor regenerar al mundo? ¿Cómo ha podido Jesucristo, por medio del dolor, hacer progresar á la sociedad humana toda entera de un modo asombroso? Hé aquí lo que voy á demostraros hoy.

El dolor es un vasto océano, en el cual navega el género humano. Cuando se le ha recorrido á derecha, se le puede recorrer á izquierda, y en todas direcciones, despues de lo cual se adquiere la conviccion, de que nunca podremos sondear todas sus profundidades.

Pidamos á Dios su auxilio, para que sepa yo explicar y vosotros comprender la regeneracion del hombre por el dolor de un Dios. *Ave Maria.*

1. Dios es quien, en un doble sentimiento de justicia y de amor, introdujo el dolor en el mundo.

En un sentimiento de justicia.

Quando vosotros presenciáis esos escándalos, esos desórdenes, esos sacrilegios, que cubren la haz de la tierra, experimentáis un sentimiento de indignacion; pues por ese sentimiento vuestro, juzgad cuál debió ser la indignacion de Dios, el día en que el pecado apareció en la tierra. ¡Ah! Si Dios no hubiese escuchado sino á su justicia, hubiera dejado el campo libre al mal, lo hubiera abandonado á sí mismo; y como el mal de suyo es devastador y desorganizador, no tenia más que dejarle obrar, para que el género humano espirase en su miseria.

Felizmente el amor velaba, y velaba también la misericordia. Por muy miserable que fuese el hombre pecador, era hijo de Dios; por marchitada que estuviese esta flor, aun podria reverdecer un día, á fuerza de cuidados, y á Dios fácil le era encontrar un medio para reparar el mal, y volver al hombre á la fecundidad divina.

Hé aquí lo que Dios hizo: compadecido de la posteridad de Adán, aunque resuelto á castigarla, cual cumplia á su justicia, queriendo, al ménos, suavizar el porvenir, alimentar la esperanza y dejar al hom-

bre algun medio de transformacion, preparó con su misericordia y su amor, un castigo, que pudiera convertirse en un medio de rehabilitacion. Este castigo es el dolor.

Considerad, cristianos, el dolor; consideradlo en lo que aparece á primera vista, y decidme, luego, si no ha sido amasado por la cólera divina!

No creo que me pidais una definicion, ó mejor, una descripcion del dolor; ¿para qué perder un tiempo precioso en definir lo que vosotros ya sabeis perfectamente? Vosotros no ignorais, que venimos al mundo rasgando el seno de nuestras madres; que el primer suspiro que sale del recién-nacido es un gemido; cuán rápidos son los primeros goces, de la cuna, esos goces de familia, esos goces de la infancia, esos goces á los cuales no damos la menor importancia, porque no nos hallamos en estado de apreciar su dulzura, no habiendo todavía sufrido. Tampoco ignorais, que á estos goces suceden bien pronto las mas terribles decepciones, las disoluciones, las tristezas amargas, todos esos sufrimientos de que nos hablaba S. Agustin, cuando á la edad de veinticuatro años, mirando á su alrededor, decia: «¿Dónde podrá descansar mi alma sino sobre un dolor?» ¿Qué diria el santo Doctor, de la pérdida de los padres, de los amigos, de la separacion de todos los objetos que mas amamos? No se llega á la edad de cuarenta años sin haber perdido, por decirlo así, la mejor parte del tesoro de amor.

Vienen luego los dolores personales, los sufrimientos íntimos, que nos anuncian á cada instante la muerte. Mientras uno es jóven, ninguna impresion nos hace la muerte. Pero cuando se llega á cierta edad, por doquiera se nos presenta la muerte como fantasma, que nos persigue sin cesar..... Se cree, ó se quiere creer, que todavía está lejos... cuando muchas veces la tenemos ya en nuestras entrañas. Llega al fin, la hora del gran combate, la hora en que nos tiende en el lecho... se lucha por un instante, se resiste, pero la muerte triunfa..... todo ha concluido. Hé ahí la vida, ó mejor dicho, la muerte; y cuando considero esta variedad de tristezas, de desencantos, de sufrimientos, que vienen á parar en semejante catástrofe, me parece evidente, que todo eso ha sido dispuesto por Dios, en castigo de un sér que era criminal.

2. Pero el dolor ¿no es más que esto? ¡Oh! gracias á Dios, es algo más. Contempladle de nuevo, prescindid de las primeras apariencias, examinando la cuestion en el fondo, y bajo la fisonomía de un castigo, que evidentemente la mano de Dios irritalla nos impuso; admirareis la bondad, la misericordia, el amor.

Por muy triste que sea el mundo, por muy miserables que sean las

cosas de la tierra, Dios no nos ha impuesto un suplicio que nos degrade; muy al contrario al lado de este suplicio ha puesto una virtud transformadora, una virtud regeneradora de la sociedad humana. Si el Señor me ayuda á haceros penetrar en las profundidades de este asunto, espero que en el dolor no admirareis ménos su amor y su misericordia, que su cólera y su justicia.

Hay en el alma humana una parte sublime que no está detenida en la tierra, sino á la manera que están detenidos los globos de gas; hay que emplear cuerdas para sujetarlos; impacientes del yugo, apenas se cortan las cuerdas, se lanzan rápidos al espacio. No bien el alma humana se ve libre de los lazos del cuerpo, se remonta hasta Dios. Sin embargo, hay almas en las cuales no descubrimos esta sed de Dios, esta pasion de Dios, esta necesidad de Dios, y que ni siquiera piensan en Dios, ni le aman: ¿cómo se explica esto? Es que en el mundo hay cosas hermosas, bellos vestidos, agradables relaciones, mesas opíparamente servidas; y esas almas inclinadas hácia la tierra, no piensan sino en gozar, en divertirse. Si nada viniera á turbar tal modo de vivir, indefectiblemente llegarían al último grado de degradacion. Dios no puede tolerar este desórden: no ha criado esas almas para las cosas de la tierra; queriendo desengañarlas, les envia un misionero, cuya voz sea oida de todo el mundo, un apóstol santo, que les recuerde su verdadero destino. ¿Sabeis cuál es ese misionero, ese apóstol? El dolor.

¿Tendré necesidad de citar ejemplos en confirmacion de esta verdad? ¿Tendré que presentar á vuestra vista un sin número de almas ciegas, de almas encenagadas en los goces materiales, que, heridas, de improviso, por el dolor, curaron de su ceguedad moral, abandonaron los deleites, y se elevaron súbitamente á gran altura? ¡Ah! La historia está llena de tales ejemplos.

Empero, en el mundo, hay almas muy enfermas. Por nuestras venas circula una sangre viciada, una sangre que hierve en la independencia, en el orgullo, en el placer; y si Dios, en su amor, no aplicase con frecuencia á nuestros labios el cáliz sagrado, donde se encuentra la sangre de la humildad, de la obediencia y de la inmolation, ¿qué tesoros de cólera no acumularíamos sobre nuestras cabezas? Para salvarnos, el Señor echa mano de los dolores: el hombre, se dice el Señor, corre á su perdicion por el camino del orgullo, de la independencia, del deleite; ¡pues bien! yo, que soy su padre, lo tomaré, y con el dolor lo someteré, mal que le pese, á la obediencia, á la humildad, al sacrificio, y, de esta suerte, le salvaré.

Hé ahí el oficio del dolor. Acercaos, en efecto, al lecho de un enfermo, de un moribundo, de una víctima del dolor. ¿Qué observais en

él? Por de pronto, su situación, en calidad de enfermo, es ya de suya una situación humillante. Aquel espíritu elevado, aquella persona de conversación amena, aquel pensador profundo, tartamudea, y á duras penas puede arrancar de su pecho oprimido y de su cabeza enferma algunas palabras mal coordinadas. Aquella mujer, aquella joven encantadora que tan enorgullecida estaba de su juventud y gentileza y de sus atractivos, dá miedo de ver: todos los dones naturales han desaparecido; y si bien es verdad, que el primer movimiento de la sangre viciada es una exaltación de vanidad y de orgullo, ¡oh! el remedio no podía ser mejor escogido.

Y, ¿cuál es su estado? Un estado de obediencia.

Aquel joven, robusto y animoso ayer, que no obedecía á nadie, ni aún á Dios; hoy, clavado en el lecho, obedece á todo el mundo, hasta á sus criados.

¡Qué espectáculo! ¿Dónde está aquella sangre, que hervía en el deleite? ¡Ah! ahí está esa misma sangre que circula, á veces, demasiado rápida, y otras demasiado lentamente, pero siempre en estado de humillación, en el de obediencia, siempre en el de sacrificio! Hé aquí lo que es el dolor; hé aquí lo que Dios ha hecho para salvar el género humano. En los días de perfecta salud, en los días en que, olvidados de Dios, nos dejamos fascinar por el mundo, circula por nuestras venas, yo no sé qué hervidero de orgullo, de concupiscencia y de rebeldía; y nos perderíamos sin remedio, si Dios, con el dolor, no nos volviese á sumergir, á pesar nuestro, en la humildad, en la obediencia y el sacrificio. Y hé aquí porque el lecho de un enfermo es una cosa tan santa; y si el enfermo, por un acto de su voluntad, acepta el dolor, con el cual Dios quiere salvarle, verificase en él un cambio que llena de júbilo á los mismos ángeles.

Hé ahí, pues, el segundo efecto del dolor: no solo ilumina las almas para arrancarlas á los sueños, á las ilusiones de este mundo, sino que cura sus espirituales dolencias, las salva.

¿Es esto todo? ¡Oh! no. La misión del dolor es mucho más sublime. No se contenta con llevar el remedio á las profundidades miserables de la naturaleza humana; toma al hombre, le transforma y le comunica una grandeza admirable. Los cantos desesperados, ha dicho un poeta, son los cantos mas bellos, y los hay inmortales, que son puros gemidos. Cuanto hay de grande, de noble, cuanto ha conmovido y extasiado á la humanidad, así en las obras del arte, como en las del pensamiento, todo es debido á almas heridas por el dolor; despertadas, engrandecidas por el dolor. Otro tanto podría decirse del carácter, y con mayor motivo de las virtudes. Ellas no se desen-

vuelven, no alcanzan su perfecta belleza, sino por medio del dolor.

Hay más: el dolor ha hecho una cosa incomparable. Sin la facultad de padecer y morir ¿qué hubiéramos podido hacer nosotros, por el bien, por el derecho, por la justicia, por la verdad, cuando todo esto es ultrajado por el mundo? Sin el dolor, cuando Dios es ofendido, ultrajado, arrojado de este mundo, ¿qué pudiéramos hacer por él? Pudiéramos decirle, á lo más, algunas palabras; ahora podemos poner nuestra cabeza sobre un tajo, sentir nuestra cabeza caer bajo el hacha para glorificarle. Hé aquí lo que no hubiéramos podido hacer nunca; por eso he dicho, que el dolor nos engrandece, hace de nosotros hombres nuevos, hombres de una grandeza incomparable. Tan grande, tan bella, tan sublime es la grandeza que nos ha comunicado el dolor, que Dios mismo se prendó de ella. Cierta día, en la tierra, se levantó una cruz, y en esta cruz fué clavado un Hombre Dios.

La humanidad estaba condenada á eternos tormentos, á ménos que los cielos no se abriesen, y que no se hallase en los consejos de la sabiduría eterna un medio de regenerarla. Este medio fueron los padecimientos y la muerte de Jesucristo; porque, como hombre, circulaba por sus venas nuestra sangre; y como Dios, comunicaba á la expiación un valor infinito.

El linage humano aclamó la cruz, y se extasió al pié de ella. ¡Oh! qué de beneficios maravillosos, y no meditados, debemos á la muerte de Jesucristo en la cruz! No solo satisfizo al cielo y lo inclinó hácia la tierra, sino que entusiasmó al mundo, y le inspiró... ¿qué os diré yo?... qué sentimiento?... ¡ah! vacilo en decíroslo, tan pasmoso es!... inspiró á la humanidad el placer del dolor; el amor, la pasión del dolor! La Iglesia se nos presenta con caracteres incomparables; pero el dolor es el signo supremo de su divinidad. Hace seis mil años que el dolor nos tortura; y ¿qué se ha hecho, fuera de la Iglesia, para consolarnos del dolor? Dos partidos se ofrecían: suprimir el dolor, ú odiarlo. Suprimir el dolor se ha intentado en todos los tiempos, y se intenta aún hoy día. ¡Suprimir el dolor! ¡Ah! si solo se tratase de suprimir la pobreza, suprimir ciertas miserias, proporcionar, por ejemplo, habitaciones saludables, pan blanco, mejores vestidos, yo aplaudiría con toda mi alma; pero cuando todo esto se hubiese realizado, ¿qué se habria adelantado en la resolución del problema? Para suprimir el dolor, seria necesario suprimir la enfermedad, las tristezas del corazón, la muerte. Confesémoslo: tal empresa, no es posible.

¡Suprimir el dolor! no se suprimirá jamás! Habrá, pues, que odiarlo; ó bien decir con orgullo estóico: ¡oh Dolor! nunca confesaré yo, que seas un mal! Odiar el dolor, es irritarlo; imitar á los es-

tóicos es una locura. Jesucristo, al subir en la cruz, nos enseñó á aceptar el dolor, y hasta á amarle. Él nos ofrece el dolor como sumamente amable; y cuando nos dice: prosternaos al pié de la cruz, nos demuestra, que verdaderamente es Dios!

¡Oh! si el tiempo de que puedo disponer me lo permitiese, si pudiera entrar en las profundidades de este asunto, os demostraria el triunfo de Jesucristo, lo que me atrevo á llamar la obra maestra de Jesucristo, lo que hace que en ninguna otra parte se encuentre lo que se encuentra al pié de la cruz, quiero decir, el sublime consuelo en el dolor.

En el momento en que Luis XVI iba á subir al cadalso, se resistió á ser atado; su confesor, mostrándole el crucifijo, le dijo: El Señor, por amor nuestro, quiso ser atado. E inmediatamente el rey alargó las manos como un niño.

Todos los dias vemos á niños, doncellas, mujeres en la flor de la edad, obligadas á tener que abandonarlo todo, decir con calma y la sonrisa, como el rey mártir: Puesto que el Señor fué clavado en la cruz, muy justo es que yo esté igualmente clavada en mi pobre lecho.

No solo nos ha enseñado á aceptar el dolor, sino á amarle! ¡Amar el dolor! Apenas me atrevo á pronunciar ante personas de mundo esta expresion: ¡amar el dolor! y, sin embargo, no acierto á ver en la historia de la Iglesia una via mas luminosa y mas bella que la del amor del dolor. Desde los primeros dias de la Iglesia, los cristianos, azotados ante los tribunales, volvian regocijados á sus casas, porque habian padecido por Jesucristo. Santa Teresa decia: Señor, padecer ó morir! Santa María Magdalena de Pazzi exclamaba: «Padecer y no morir. Cuando considero el horror que tenemos al sufrimiento, y que á su aspecto nuestros miembros tiemblan, nuestros cabellos se erizan, y oímos, al mismo tiempo, á doncellas delicadas exclamar: Padecer, padecer! preciso es convenir, en que ese espíritu es nuevo, que esa aceptacion y ese amor descienden de la cruz de Jesucristo, porque Jesucristo es Dios.»

Todavía no he dicho la última palabra. Aceptar el dolor, amar el dolor, es de suyo grande, admirable; pero buscar el dolor, suspirar por el dolor, y cuando el dolor no viene naturalmente, descubrir sus espaldas, é imprimir en ellas los estigmas sagrados de Nuestro Señor Jesucristo, esto es sublime; y, sin embargo, he ahí lo que se hace, no por un individuo, sino por millares de religiosos y religiosas, personas de carácter dulce, personas humildes, recogidas, amables. Este amor del dolor, esta pasion por el dolor ha regenerado al mundo.

Hermanos míos; nosotros no somos llamados á subir por esas altu-

ras maravillosas; Dios no exige de nosotros que busquemos al dolor; no nos pide que nos lo impongamos á nosotros mismos; pero, sí, quiere, que lo aceptemos. Recordad que no es cristiano quien no ama la mortificacion, quien no procura arrancar de su corazon todo lo que es malo; y que un dia, Jesucristo, en presencia de los Santos y de los Angeles, examinará nuestros piés, nuestras manos y nuestro corazon para ver si encuentra en ellos algo de lo que hay en su corazon, en sus piés, y sus manos. ¡Quiera el cielo que halle alguna semejanza entre sus miembros y los nuestros, para que podamos ser con él eternamente dichosos! Amen.

DOMÉSTICOS, véase: AMOS y CRIADOS.

DOMINGOS.

I.

Sex diebus operaberis... septimo autem die sabbatum Domini Dei tui est.

Los seis dias trabajarás... mas el dia séptimo es sábado, ó fiesta del Señor Dios tuyo.

(Exod. xx, 9.)

Si solo consultamos nuestra razon y nuestro criterio íntimo, reconoceremos que existe una obligacion para toda criatura razonable, de consagrar al culto de Dios alguna parte del tiempo que debemos á su liberalidad. ¿Qué cosa más justa y conforme con esta regla de equidad, que dentro de nosotros mismos poseemos, que el tributar homenaje á nuestro Criador, á lo ménos, en parte, del mejor presente que nos ha hecho en su bondad? Admitir que podemos recorrer el círculo de toda una vida sin destinar parte de ella á la adoracion, á la alabanza de Aquel de quien la hemos recibido y que nos la conserva á cada momento con una como creacion continuada, es una suposicion que subleva la conciencia, y contra la cual protesta la ley de la naturaleza esculpida en el corazon humano. Pero este precepto del orden natu-